

y que tal vez le haría arrepentirse (5); y á Felipe II se le oía decir: *El papa debe guardarse de irritar á un gran rey.*

Este desprecio de la influencia romana ayudaba á la obra de la política de entonces, que consistía en hacer pasar á los Estados del fraccionamiento de los poderes á la monarquía compacta, y de la unidad cristiana á la nacionalidad de cada uno. En un principio resultaron mortíferas guerras, en medio de las cuales los diferentes príncipes adquirieron el conocimiento de sus fuerzas, porque se veían precisados á desplegarlas. Dedicáronse entonces á formarse una existencia separada, que fueron consolidando; aumentaron sus fuerzas; apoderáronse de los bienes arrebatados á las iglesias, y atrayendo á sí la jurisdicción; en fin, desterraron todo temor de un poder moderador que poseyese armas contra las cuales se embotasen las suyas.

Se diría que los príncipes querían reemplazar con la monarquía política la monarquía católica rota por Lutero. Con este designio, las mismas disputas teológicas se convertían en debates sobre la autoridad real, el derecho público llegó á ser principio fundamental de la Europa, la política adquirió una importancia y una estension inmensa, mezclándose además en todos los acontecimientos. La política nacida del protestantismo no cree en una voluntad ó en una conciencia general, superior á la conciencia individual; no admite que haya un soberano de derecho, sino sólo individuos independientes, ni que las naciones se forman de otra manera que por un contrato en que los individuos abdicar voluntariamente la parte de su libertad. Un contrato, una carta, una constitucion, una ley fundamental, convenida entre los poderes sociales de hecho, constituye el cuerpo político. De esta manera la libertad se encuentra circunscrita al círculo de un texto escrito, como la fe en los símbolos. No se lanzara al progreso, pero se hará consistir la perfeccion gubernamental, en repartir igualmente la soberanía entre los poderes de hecho, en equilibrarlos una con otro; no en ser regidos únicamente por el soberano de derecho, sino en vivir con una vida individual, tan independiente como sea posible de la vida social.

Estas teorías de liberalismo son las que han hecho conocer últimamente á los gobiernos de hecho, las necesidades, los hechos verificados, los casi legitimados; tan distantes estamos de creer que el impulso hácia la libertad haya procedido de la Reforma.

En la misma época se manifestaban dos movimientos no diversos, pero distintos; el uno religioso, el otro filosófico. El primero fué más poderoso entonces; reservado el segundo á un más largo porvenir, no era comprendido, y en los países católicos los libre-pensadores pasaban por protestantes. Pero en realidad Campanella, Galileo, Bos-

(5) Relacion del embajador Morosini.

suet, Pascal fueron católicos; las obras históricas de Maquiavelo, de Guicciardini, de Thou, Maffei, Mariana, fray Pablo fueron escritas por plumas católicas; en países católicos fué donde primero se abolió el tormento y la pena de muerte. No hablamos nada de los grandes artistas, á los cuales la Reforma no tiene siquiera un nombre que oponer.

Al principio, ocupados los Estados en cuestiones interiores, influían poco los unos en los otros, pero en el día se conoce su acción recíproca. La era nueva puede considerarse como nacida en la batalla de Pavia, pues las fuerzas independientes y desordenadas que habían permanecido en lucha por espacio de tantos siglos, ceden el puesto á una fuerza más sorda y continua. La Iglesia había heredado de Roma la idea de reunir á la Europa en una sola familia; pero el fraccionamiento feudal le impidió el realizarla. El siglo anterior se había esforzado en producir las unidades nacionales, y lo había conseguido. Con aquel triunfo volvieron los reyes á creer que la unidad europea era posible; y Francisco I estuvo á punto de ejecutarla. Pero el imperio á que aspiraba se concedió á otro, y se vió reducido á defender su propia independencia. En tiempo de Carlos Quinto, las fuerzas de los diferentes pueblos que se habían engrandecido separadamente, según la influencia de su origen, de la caballería, de las cruzadas, se encontraban en su apogeo: debía resultar, pues, un trastorno general. Carlos Quinto se opuso á él con todo su poder y en todas partes, adhiriéndose al principio de la unidad europea; triunfa de una nación con otra, y saca provecho de sus antipatías recíprocas para tenerlas todas avasalladas; pero la Reforma llega á oponerse como obstáculo, y se ve obligado á reconocer este nuevo trastorno. Sin embargo, Felipe II no desespera de conducir á la Europa á la unidad y sofocar la libertad de la Reforma, que hacía imposible la ejecución; pero se ve contrarrestado por el príncipe de Orange, por Enrique IV y por Isabel, que sostienen la independencia de las naciones con ayuda del protestantismo.

Separado entonces el mundo en dos campos, hace imposible el sueño ambicioso de la monarquía universal, como también un acrecentamiento demasiado considerable sobre las ruinas de las independencias particulares. Moralmente se continúa sintiendo la necesidad de la unidad, y se trata de conseguirlo de diferentes modos, pero todos transitorios y engañosos. En nuestros días se ha llegado á buscar la unidad en el espíritu de asociación, fundado en el interés y en el egoísmo.

Agitada la primera y con más crueldad la Alemania, y perdida la unidad que la había sostenido hasta entonces á la cabeza de Europa, obtiene un *interin* perpétuo que debilita para siempre sus fuerzas, pero que le reserva una tranquilidad no interrumpida.

La conmoción desciende más profundamente, y ocasiona mayor mal donde no ha habido un róm-

pimiento total con lo pasado, sino sólo uno parcial, y donde se introdujo, bajo las formas católicas que se habían conservado, el espíritu de la Reforma, germen de las revoluciones futuras en las opiniones y en las ciencias, después, en fin, en la realidad y en el Estado. En Francia, la Reforma no había surgido por necesidad, por persuasión, ni como consecuencia de aflicciones nacionales; sino que había sido importada de la Suiza, primero como desarrollo científico, después como instrumento político. En su consecuencia no se podía ya restablecer la paz duradera, sino procurar acuerdos indecisos y vacilantes que se trasmitían al porvenir. La victoria de un príncipe protestante asegura el triunfo á los católicos, lo que demuestra el estado irregular de la sociedad, sin contentar ninguno de los dos partidos. El edicto de Nantes concede la existencia civil de los protestantes, pero como un privilegio; y cuando es revocado por Luis XIV, no es para los católicos más que un triunfo injusto en lo interior, ilusorio fuera; no destruye los gérmenes, y envenena, por el contrario, la lucha intestina, de la que nacerán, primero disensiones parciales en el jansenismo, después una hostilidad absoluta en la Revolución.

La España representó siempre el principio católico, hasta querer esterminar en su seno todo elemento heterogéneo, sin pensar que siempre es imprudente destruir lo que dura después de muchos siglos, y forma el resultado histórico de la situación de un país en su conjunto. Pero el impulso hácia la perfeccion no se sofocó allí, á pesar de tantos obstáculos; y esto se conoció después cuando se lanzó á la senda de una regeneración completa con más atrevimiento que los países más avanzados que ella.

En Italia, el temor del abuso, que sin embargo no era tan inminente, llegó á poner trabas á la verdadera ciencia. Cuando este país y la España adelantaban en otro tiempo á los demás por su cultura intelectual, tuvieron que abandonar el campo de la razón y echarse en brazos del de la imaginación, cuyo desarrollo permaneció empobrecido y sin acuerdo; resultando la anarquía de una vida intelectual libre, al lado de una vida práctica encañada.

En el papado, objeto de la ambición de las familias ilustres, se concede más atención al príncipe nacional que al soberano pontífice, confundido con el hombre de Estado, en aquellos ilustres papas que volvieron el esplendor á la tiara por sus grandes talentos, sabias intrigas y hábiles luchas en espinosísimas situaciones.

En la Escandinavia, la Reforma no es engendrada por la opinión popular; es impuesta por el ejemplo y el mandato de los príncipes, lo que hace que no produzca en el interior cambios importantes: como sin embargo ha coincidido con el principio de las dinastías y con la trasformación de las instituciones políticas, concluye por identificarse con el carácter nacional. La Noruega es-

cluye toda otra religión que la declarada dominante, y no tolera ni aun el culto judaico. La Suecia, que hasta entonces había permanecido casi ignorada, tomó, en virtud de los acontecimientos exteriores, una importancia momentánea, por efecto de las cualidades de Gustavo Adolfo, y pareció, como Venecia en tiempo de las cruzadas y los suizos en el de Carlos el Temerario, el instrumento elegido por la Providencia para poner término á tantas revoluciones: como si Dios quisiera mostrar que para las mayores mudanzas se vale de los pequeños con preferencia á los grandes.

En Polonia, la reforma llevada allí por extranjeros, se entrega á excesos desconocidos en su origen, y llega hasta negar la revelación. Añade una nueva levadura á las disensiones demasiado vivas, que preparan el desmembramiento del reino.

La Hungría recobra desde el principio la paz, y la tolerancia llega á ser un elemento de su constitucion.

En Bohemia, por el contrario, la discordia religiosa sirve de pretexto para robar á la nación privilegios tan ardientemente defendidos hasta entonces, tratándola como al maniático á quien es preciso atar para poder devolverle la tranquilidad.

En Holanda, la Reforma parece asociarse á los defensores de la nacionalidad; pero en realidad fué menos una causa que un aguijón para la emancipación; sirvió de velo á las enemistades que alimentaban hacia mucho tiempo los concejos contra las grandes ciudades, los naturales contra los extranjeros.

La Rusia no se resintió de ella. En Suiza, tuvo necesidad de defenderse y recurrir á la asociación: como los combatientes eran casi de igual fuerza en ambas partes, trataron de acomodo.

Al mismo tiempo que se hacía gran ostentación de fuerzas, usando la política vergonzosa de los puñales y de las perfidias, se revelaba la debilidad real, oculta bajo la grandeza aparente. Por esta razón fracasaron los grandes potentados en la misión que habían cumplido los pequeños feudatarios; no pudieron rechazar el islamismo.

Los otomanos habían sacado fuerzas del sistema feudal, de la organización de los esclavos, de los dogmas religiosos, del despotismo necesario en todo imperio que no ha sido fundado por una raza dominante, por alianza ó por la fusión de diferentes pueblos, sino sólo por un amo de esclavos. Era después indispensable la guerra; ahora bien, cuando Selim se afeminó, y se olvidó de la ley que disponía comenzar cada reinado con una gran empresa, todo empezó á debilitarse: penetra la corrupción hasta entre los genizaros, que dirigen contra el soberano una actividad ejercida hasta entonces en el campo de batalla, y se vuelven cobardes hasta el punto de volver la vista al dar fuego á los cañones. Así los turcos, que á principios del siglo amenazaban á la Europa con una conquista sin piedad, con una preponderancia sin freno, sucumben sin que se pueda determinar que gran golpe

los ha herido. Era la nueva sociedad que hacia imposible, al menos de una manera duradera, la tiranía de un pueblo sobre otro; eran las diferentes naciones que se sentían emancipadas, y que para fortificar el vínculo de fraternidad con el que se había engrandecido, trabajaban cada uno por su parte en su propia constitución interior y en el equilibrio exterior.

En efecto, los pequeños Estados fueron absorbidos por los grandes; las franquicias y privilegios de la Edad Media sucumbieron en todas partes, excepto en Dinamarca y en Polonia. Pero uno lo remedia en 1660 recurriendo al absolutismo, y otro concluye por sucumbir en el desorden. En España, el poder soberano se dirige enteramente contra los intereses de las provincias que rechazan la unidad nacional. En esta guerra, que aun no se ha terminado en el día, los dominadores se apoyaron en la inquisición, para arrebatar á los ricos su dinero, á los grandes la autoridad, la vida á los disidentes y á todos la libertad del pensamiento. Permaneció, sin embargo, garantida de los sacudimientos de la Reforma, cuya importancia no puede desconocerse, cuando se ve que ha determinado el cambio de la constitución en Alemania, en los Países-Bajos, en Francia, en Inglaterra, en Escocia, en Livonia y en Prusia.

Los efectos de la Reforma fueron más sensibles en Inglaterra que en otras partes: y después de una lucha que se prolongó más allá de la época que acabamos de describir, dió nacimiento á su constitución, que se admira. En aquel país la Reforma se manifiesta bajo dos aspectos, episcopal y puritano. Resulta de ella una guerra interior, en la que el protestantismo que triunfa, con los príncipes de Orange, es más completo que en ningún otro país, y se establece realmente como religión del Estado. No hay, pues, paz religiosa; un partido oprime á los demás, y sobre todo á los católicos que se ven precisados á permanecer constantemente en insurrección, legal ó ilegal. De esta manera es como una tercera parte del país ha permanecido hasta ahora en clase de pueblo conquistado; de aquí temores y envidias en el partido dominante, trabas y desórdenes tanto en la constitución como en las conciencias. Al ver, sin embargo, que las más grandes libertades civiles se han consolidado entre los ingleses, que no introdujeron sino muy pocas modificaciones en la organización eclesiástica, se conoce cuánta culpa se ha tenido de unir como término correspondiente el catolicismo y la servidumbre, la Reforma y la libertad.

La Alemania no había cesado desde la grande emigración de hacer progresos no interrumpidos. En medio de desastres deplorables y sin consuelo, cesa de encontrarse á la cabeza del mundo; los príncipes, en parte católicos y en parte reformados, son enemigos entre sí é incapaces de emprender nada, fueron minados dentro por las intrigas del extranjero; una familia vence á toda la confederación; otra se arregla con los restos de la tñi-

ca sacerdotal, un manto que resplandecerá entre los más temidos. Una insigne misión estaba reservada á la casa de Austria, la de reunir todas las fuerzas de la cristiandad contra los turcos, y conservar la paz entre todas las potencias cristianas, más bien que pensar en engrandecerse con conquistas; y pareció permanecer fiel á ella desde Alberto II hasta Carlos Quinto. Lánzase también entonces á la carrera de la ambición; y el título de emperador romano, único resto de una república cristiana, es explotado por ella, cuando los demás príncipes tienden á aumentar sus dominios particulares por un interés egoísta, y con un objeto de engrandecimiento y orgullo doméstico.

El cuidado de reprimir á los turcos permanece en las razas eslavas, que aumentan de esta manera la importancia que habían adquirido ya, rechazando á los tártaros; consistiendo, en efecto, en esto toda su historia. Un resto de las creaciones de la Edad Media coopera en otro punto; es Venecia, que ha podido sobrevivir á la liga de todos los nuevos potentados conjurados contra ella, y á los descubrimientos que la arrancaban el cetro de los mares para adjudicarle á la Inglaterra y á la Holanda, con una grandeza marítima que llegó á ser un nuevo hecho en la historia de la Europa.

Sola, aislada de las demás naciones, una nación pereció, y la que al principio poseía la importancia suprema, concluyó por ser el juguete y la recompensa de los fuertes. La hermosura del país atrajo á Italia el fatal amor de los extranjeros, que enviaban desde lejos sus bandos á aniquilar á Florencia ó Siena, á saquear á Roma ó á Mantua, á fusilar á los napolitanos que pedían pan. Cuando se encontró en contacto con los extranjeros, temió más la pérdida de su independencia que la de la libertad; mientras que cada Estado aspira á conservar el primero de estos bienes, no se hace nada por toda la nación; cada uno cree bastar solo á su propia defensa, y escuder á los extranjeros en fuerza, como le ha escedido en civilización. Italia fué ciertamente causa de sus propias desgracias; pero los que quieren dispensarse de compadecerla como víctima, están muy inclinados á insultarla como culpable. ¡Cuán grande no se mostró en el último momento! Toda la Europa se coliga contra Venecia, y sin embargo sobrevive. Encuentra empréstito de enormes sumas de que necesita, al 5 por ciento, al paso que la Francia no tiene dinero sino al 40; y aun puede humillar á los turcos en Lepanto. Las fuerzas de la Francia, la España y la Alemania, aliadas ó enemigas entre sí, se disponen á sofocar una libertad que conocen deber impedirles, mientras tenga vida, aspirar á la monarquía universal, y la Italia, como si ambicionase otras glorias perdiendo las antiguas, la Italia canta, esculpe, pinta más admirablemente que lo había hecho nunca.

Pero el sacrificio se consuma, y mientras que los demás países adelantan, ella que les precedía se detiene. Sus papas se fortifican, sus divisiones se

perpetúan, su literatura se convierte en imitadora: le arrebatan sus colonias, y las mismas bellas artes, que formaban su gloria, degeneran en una fastuosa miseria.

Las colonias americanas, la Reforma, las conquistas, el fraccionamiento de la Italia, las sucesiones dan á la diplomacia una importancia des acostumbrada. Activa y vigilante, pretende regularizar el mundo, aunque su misión se limite á aceptar los cambios cuando son inevitables y se han consumado; por esto reconoce á la Suiza, á la Prusia, á la Holanda y á los protestantes, porque no ha podido impedirles constituirse en potencias.

Compréndese también la importancia de la economía política; Sully la introduce en Francia; Isabel trata de seguir sus ejemplos en Inglaterra; los holandeses la ponen en práctica. El impuesto directo, al cual recurren, basta para sostenerlos en su larga guerra, y otros Estados buscan á su vez un origen de renta segura, buen medio, pues sigue la progresión de las necesidades, marchando á la par con el lujo y la industria.

Continuaba el valor militar brillando en Italia, pero más bien entre los nobles; aprovechando únicamente por esta razón á los extranjeros que se la disputaban. Hemos visto mostrarse grandes capitanes á Juan de las Bandas Negras, Próspero, Fabricio y Antonio Colonna; á Juan Pablo Baglione, Medeghino y á Guido Rangoni; después á sus duques de Urbino y Parma armados en favor de los reyes extranjeros contra sus libertades. Pero los inventores de la arquitectura militar, Martini, Lantieri, Cattaneo, Maggi, San Micheli y Marchi fueron aun más merecedores. La interminable guerra de Holanda que obligaba continuamente á permanecer á la ofensiva y á la defensiva, produjo grandes progresos en la táctica, que no aguarda más que las grandes aplicaciones de Turena y Montecuculli.

Al mismo tiempo la opinión, cuyo poder crecía, aumentó el de la prensa, que abandonando las argumentaciones ociosas de la filosofía para lanzarse al campo popular, allanó el camino á Lutero, sirviendo después de tambor en la guerra de Treinta Años. Pronto atizará la de la Fronda, como para preluar la omnipotencia que manifestará, en nuestros días, en las diferentes revoluciones. Ya su influencia se hizo sentir entonces en aquella tendencia universal á emanciparse de lo pasado, á comenzar una era nueva en las ideas, en las creencias, en las instituciones y en las costumbres; á precipitarse por todas partes y con disposiciones tan variadas á los caminos que acaban de abrirse á la inquieta curiosidad del espíritu humano.

En medio de todo aquel movimiento, que se creía anunciaba un divorcio absoluto con lo pasado, se conoce continuamente la necesidad de apoyarse en el sufragio de otro, é invocar la autoridad de sus predecesores ó la de sus contemporáneos. La sátira, filosófica en el fondo, es pedantesca en sus formas en Hutten, en Erasmo y en la

Satira menippea; Copérnico se esfuerza en demostrar que su sistema es antiguo; Colon reúne todos los pasajes en los cuales los clásicos parecen haber adivinado sus descubrimientos; los protestantes unen sus tradiciones á la primitiva Iglesia, por los valdeses y sus derivaciones. Grocio constituye el nuevo derecho de gentes sobre los ejemplos de las naciones antiguas.

El mismo pueblo está llamado á juzgar, y se trata de convencerle con sus propias razones ó engañarle con las autoridades en quien tiene fe. Carlos IX, Enrique III y Enrique IV, los Liguistas, los Diez y seis, piden siempre parecer ó aprobación á la Sorbona, á los concilios y al papa. Carlos Quinto se esfuerza en demostrar que está inocente de la prisión de Clemente VII; los holandeses envían manifiestos de justificación; todos se creen obligados á comparecer ante el tribunal del público, de quienes se rien descaradamente Fernando el Católico y César Borgia.

Bajo estas influencias surgieron grandes moralistas é insignes jurisconsultos: un Hospital, contemporáneo de la matanza de San Bartolomé; un Grocio y un Mariana, en la época de Felipe II; y á estos pensadores de buen sentido hacían los escosos invocar el justo medio, y estos talentos vigorosos deducían con intrepidez austeras consecuencias de un principio, ó querían apoyar en la razón nuevos fundamentos para el derecho, nuevos símbolos para la creencia.

De la misma necesidad de satisfacer á la opinión pública se derivaba la protección que se concedía á los literatos y á los artistas. Adriano VI, que pasa por un bárbaro, ruega á Pablo Jove hablar bien de él, y este escritor se conforma á sus votos en su *Historia*, reservándose en maltratarle en su *Tratado de los pecados*, cuando ya nada tiene que esperar ni temer. El infame Pedro Aretilo es acariciado por los príncipes, colmado de regalos, apellidado el Divino. Maquiavelo, Erasmo, Belarmino y Grocio, llegan á ser poderes, únicamente con ayuda de su pluma, y el favor de que los artistas son objeto por parte de Francisco I y de Leon X llega á ilusionar, no sólo á los contemporáneos, sino también á la posteridad.

¿Cuánto han contribuido las letras al bienestar de los pueblos? ¿Cuánto no las ha desnaturalizado la protección? Nos hemos esforzado en demostrarlo en todo el curso de este libro; y no habrá necesidad de retroceder si hemos acostumbrado al lector á distinguir la forma de la idea.

Ahora bien, los que querían hacer retroceder el arte á su antiguo camino, no lo entienden sino bajo el aspecto de la forma; de otra manera, exigirían que el artista estuviese penetrado de la idea pagana y creyese en ella, que se vistiese, obrase, pensase y sintiese como en tiempo de paganismo. Parecía que los maestros querían llevar las consecuencias tan allá, cuando el fraile Savonarola intentó valerosamente oponer un dique á su irrupción. Pero sucumbió, y la reforma artística no se

verificó en Italia en nombre de la idea como en Alemania, sino en nombre de la belleza plástica. Aunque el arte haya resucitado con el espiritualismo cristiano, protesta contra la Edad Media en nombre de la antigüedad, es decir, que trata de revestir su ideal con los prestigios de la belleza, de tal manera que concluye por olvidar la sustancia por la cubierta, y que el gusto reemplaza el entusiasmo. Una vez rota la gran unidad papal, perecido las sociedades masónicas y con ellas sus secretos, la arquitectura volvió á las prácticas más fáciles del arte antiguo. El artista no se encuentra entonces en la clase del pueblo: le es preciso buscar recompensas y protecciones en las cortes, y llega á ser adulador; en fin, las artes pierden su importancia histórica, porque la oportunidad de las instituciones entre quienes se ha verificado el renacimiento ha cesado de subsistir. Entre los protestantes el arte se reduce al aposento, al retrato y á las galerías.

La atención se encuentra ya fija más bien en la prensa que en la arquitectura, en el papel que en el mármol. A principios del siglo, se vió aparecer una gran erudición, una inteligencia penetrante, pero una crítica pobre. La Reforma dió nueva importancia en los estudios, y las lenguas antiguas fueron tan necesarias para los intereses de la religión como para la certidumbre histórica. Arrastrada en medio del torbellino de las discusiones suscitadas entonces, pereció la bella literatura. La sospecha hizo sofocar la cultura intelectual en países donde había hecho notables progresos como en Italia; en otras partes se desechó todo lo que olía á Edad Media, medida que en ciertos países estinguíó la originalidad; la antigüedad no se consideró ya en relación con toda la historia del mundo, y en el griego y el latín fué donde se fijó exclusivamente la atención de que perecieron indignos los tiempos medios, que han sido sin embargo la infancia y la juventud de las sociedades modernas. Amortiguada la imaginación entre los pueblos clásicos, que no hacían más que imitar y compilar, se había reanimado en tiempo de las cruzadas y de los concejos, y rejuvenecida por el cristianismo

había tomado en alas de la fe un intrépido vuelo. En aquel momento tuvo que ceder el puesto á la razón, que repudiando las reminiscencias de los tiempos aun próximos, y las hermosuras de la vida, proclamó el pensamiento como fuerza de conservación y destrucción, entregándose á controversias sin fin, en las que la filosofía permaneció separada de la fe, la falsa opinión abrumada, pero sin que se formase una organización mejor para propagar la verdadera; de aquí resultaron molestas reacciones, tiranía del pensamiento, cuya emancipación se había proclamado, y la necesidad de nuevas revoluciones.

Y á la verdad, el que en tiempo de la Reforma vea aquel orgulloso vilipendio de todo lo antiguo, el que juzgue preocupación lo que se opone á las preocupaciones propias, aquel sentimiento de importancia personal, por el cual hasta los más ignorantes quieren fiarse en su prudencia, aquella confianza en el progreso del mundo, aquel dirigirse á un objeto elevado sin medir el camino para llegar á él, encontrará puntos de comparación no lejanos. La revolución principiada en el siglo XVI, y que en el XVII quedó suspendida algun tiempo por el orden y la admiración que acompañaron á Luis XIV, tomó de nuevo aliento en el XVIII, aunque con pocas añadiduras: Montesquieu rehizo á Bodin, Mably siguió los pasos de Hotman, Rousseau se inspiró con la lectura de Montaigne; Grocio no tuvo émulos. La Boetie había proclamado ya la libertad, y Almain y Jurien estableció la doctrina de la soberanía nacional; tampoco las cenizas del barón de Holbach llevaron la duda más allá del punto adonde la había llevado Socino. Aquel siglo es, pues, el padre y precursor del nuestro; en él aparecieron y se discutieron todas las cuestiones, que hoy mismo trastornan la Europa; la lógica trajo inexorablemente las consecuencias, contra las cuales combaten en el día la historia y el sentimiento; á las abstracciones se sacrificaron las personas: ¿quién sabe si al presente no amenaza también una guerra de los Treinta Años, y así como entonces, los furiosos morirán en la fatiga y la prostración, pero después de contribuir al progreso de la libertad?

NOTAS AL LIBRO XV

(A) PÁG. 98

PRISION DE DON CÁRLOS DE AUSTRIA

Los nuevos datos que transcribimos en este lugar, han sido extractados de la biblioteca de Viena.

Relacion de la prision del príncipe don Carlos de Austria.

El sábado 27 volvió el rey del punto á donde se había retirado, segun su costumbre, para pasar la fiesta de Navidad, no tan pronto como lo hacia otros años, tanto como hay desde la Epifanía, hasta el día de San Antonio. El domingo siguiente, que fué el 28, hizo decir secretamente al conde de Lerma y á don Miguel de Mendoza, ayuda de cámara del príncipe, dejasen abiertas la noche siguiente las puertas que daban entrada á las habitaciones del príncipe, y tenerle despierto. Hizo que Santoro y Bernate, sus ayudas de cámara, cogiesen clavos y martillos; después sólo con ellos y cuatro del Consejo de Estado, que fueron el duque de Feria, el señor Ruy Gomez, el prior don Antonio y don Luis de Quesada, todos sin luz y sin armas, en traje de casa, fueron á las once de la noche á la cámara del príncipe, que, con la espalda vuelta á la puerta, hablaba con sus dos camareros. Antes que el príncipe notase la presencia de su majestad, se apoderó el rey de la espada y el puñal que tenia á la cabecera de la cama y se lo dió á Santoro. Turbado el príncipe, se puso de pié en la cama, y preguntó á su padre si venia á quitarle la vida ó la libertad. «Ni una cosa ni otra, contestó el rey; tranquilizaos.» Después mandó á los que habían traído los clavos y los martillos clavasen las ventanas. Iba entonces el príncipe á arrojar al fuego, que ardía en abundancia en la cámara, pero el príncipe don Antonio le detuvo. Dirigióse entonces á apoderarse de unos candeleros que también le quitaron, como asimismo los morillos de la chimenea, y otras cosas semejantes. Entonces se arrojó á los piés de su padre, rogándole le matase. El rey, con su moderación acostumbrada, le dijo y repitió que se tranquilizase. Habiéndole hecho después volver á la cama, hizo sacar de la habitación todos los cofres y papeles escritos; después entregó la persona del príncipe á los cuatro referidos consejeros de Estado, pero principalmente al duque de Feria, como jefe de la guardia, y recibió su juramento de custodiarle cumplidamente.

Habiendo convocado el lunes 19 á los consejos de su reino, dió cuenta á cada uno de ellos en particular de lo que había sucedido, exponiéndoles que había sido necesario y urgente obrar de esta manera, como lo sabrian en tiempo oportuno; y mandó á los secretarios diesén aviso á las provincias.

Los dichos cuatro hombres han hecho hasta el día 25 la guardia; que después ha sido enteramente confiada sólo al señor Ruy Gomez, con seis caballeros para asistirle, que son el conde de Lerma, don Juan de Mendoza, don Gonzalo de Alarcon, don Pedro Manrique, don Bernardo Donarides y don Juan Borgia; dos de ellos están de servicio cada día, además de los monteros de Espinosa.